

Louis-Jean Calvet

LINGÜÍSTICA Y COLONIALISMO

BREVE TRATADO DE GLOTOFAGIA

Prefacio a la nueva edición

De *Lingüística y colonialismo* a la politología lingüística

Exactamente a comienzos de la década de 1970 yo empezaba a dar clases de lingüística en la Sorbona. Por una senda paralela, como periodista del semanario *Politique hebdo*, seguí los distintos movimientos minoritarios que en ese entonces surcaban toda Francia. Eso me llevó a escribir acerca de la canción regional o minoritaria (entre otros, Alan Stivell, Marti, Joan Pau Verdier), de los movimientos que se oponían a la instalación del ejército francés en la meseta de Larzac, de los combates de la ETA en el País Vasco, del FLB en Bretaña, del IRA en Irlanda, de los malgaches que manifestaban al grito de “Francés, lengua de esclavo”, por sólo nombrar algunos. Además de esos artículos periodísticos, publiqué en varias revistas textos más teóricos: por ejemplo, sobre la canción bretona, en el órgano del PSU;¹ o sobre el colonialismo lingüístico en Francia, en *Les Temps Modernes*, la revista que dirigía Jean-Paul Sartre,² texto que anticipa el posterior *Lingüística y colonialismo*, y del que constituirá un capítulo. Un día, Jean-Luc Pidoux-Payot, que en esa época estaba al frente de las Éditions Payot, me sugirió pensar en un libro que presentase de modo teórico y sintético lo que fluía, disperso, a través de esos distintos artículos. Dicha sugerencia seminal fue uno de los orígenes de *Lingüística y colonialismo*.

En paralelo, yo había descubierto el África negra en Bamako, Malí. Allí había dado un taller de formación de profesores de francés. Ya habían pasado nueve años de mi partida del Túnez natal; y en Bamako reencontraba algo de mi infancia y de mi adolescencia. Quizá colores,

¹ Louis-Jean Calvet, “La chanson bretonne”, en: *Critique socialiste*, enero de 1973.

² Louis-Jean Calvet, “Le colonialisme linguistique en France”, en: *Les Temps Modernes*, septiembre de 1973.

olores, pero ante todo una situación lingüística que me resultaba familiar. Todavía no había leído el artículo de Ferguson sobre la diglosia, pero –si medito al respecto– sentía confusamente que ambas situaciones tenían en común ese modelo: en el Malí independiente, la dominación de una lengua oficial –el francés– sobre una decena de lenguas africanas; en el Túnez de mi adolescencia, la misma dominación del francés sobre el árabe, el maltés, el italiano. Volví a Malí al año siguiente, siempre por motivos pedagógicos; luego, en 1971, permanecí más tiempo, para cumplir con el encargo de la Unesco de realizar una gramática del bambara. Esas estadías, así como los recuerdos de Túnez que éstas habían reavivado, fueron el segundo origen de *Lingüística y colonialismo*. En ese entonces, yo buscaba una manera de hacer política en la lingüística, por medio de la lingüística, y consecuentemente mi respuesta del momento surgía a la vez del cruce entre esas dos experiencias (Túnez, África negra) y del cruce entre dos prácticas históricas, de las cuales una había servido a la otra como modelo, como campo de experimentación (la constitución lingüística de Francia, la vertiente lingüística de la colonización). Más tarde me fascinó –y hoy sigue haciéndolo– esa suerte de esquizofrenia que permitía a Noam Chomsky ser, en su vida “civil”, un hombre comprometido políticamente y, por otra parte, en su vida científica, un formalista que niega a la lengua toda característica social. Mi proyecto era –lo es en todo momento– estrictamente inverso: construir una lingüística que tome en cuenta plenamente ese aspecto social de la lengua.

Lingüística y colonialismo vio la luz en abril de 1974. La acogida que le brindó la prensa (artículos: muchos y más bien favorables), las traducciones (a las lenguas italiana, alemana, serbocroata, española, gallega) no me sorprendieron excesivamente: yo no había percibido cuán difícil, hoy aún más que entonces, es para una obra de humanidades llegar al gran público. Sin embargo, poco a poco, el éxito (sin duda, relativo...) del libro me devolvió una imagen difícil de aceptar. Tanto en Francia (entre los militantes bretones, vascos, occitanos...) como en África, *Lingüística y colonialismo* se había convertido en una suerte de devocionario, y se me investía de un rol que no había elegido. Como por naturaleza soy algo haragán, durante mucho tiempo dejé para más adelante el desafío de retomar intuiciones de Antoine Meillet para construir una auténtica lingüística social y, antes que poner el cuerpo y enfrentar el problema, giré alrededor de él, abordándolo desde distintos ángulos, bajo distinta luz. Efectivamente, reconfortaba pensar que la descripción de las lenguas era lo más fácil que existía, que era conveniente dejarla en manos de los aplicados emprendedores de la lingüística, de los mecánicos de la lengua, y dedicarse a trabajos más amplios. Así, después de *Lingüística y colonialismo* me interesé por las lenguas vehiculares, la tradición oral, las lenguas de los mercados; más

tarde, por la lingüística urbana, procurando cada vez mostrar los vínculos entre lenguas y sociedad sin verdaderamente intentar obtener de ello la realización de una teoría general, cuya evidente complejidad me hacía pensar que no contaba con los medios necesarios para afrontarla.

Pero escapar de la teoría es difícil. En abril de 1982, yo había organizado en la Sorbona un coloquio sobre la sociolingüística del Magreb, y había invitado a Pierre Encrevé –quien había seguido conmigo cursos de André Martinet y, en 1976, había prologado la edición francesa de *Modelos sociolingüísticos* de William Labov– a un almuerzo con los ponentes. Allí estaban, según recuerdo, Abdallah Bounfour, Ahmed Boukous, Dalila Morsly, Salem Chaker, Taïeb Baccouche y algunos otros. Encrevé me había escuchado hablar de los *swaq*³ de Marraquech –de hecho, acerca de una investigación que nunca se retomó–, y me dijo: “Lo que tú haces es sociología de la lengua”. Yo nunca me había planteado el problema de saber qué hacía: me manejaba intuitivamente o seguía mi gusto; y las diferencias entre sociología del lenguaje y sociolingüística no me preocupaban demasiado. Consideraba que la mirada de los lingüistas al abordar las relaciones entre lenguas y sociedad (sociolingüística) y la de los sociólogos acerca de esas mismas relaciones (sociología de la lengua) constituían dos modos distintos de eludir el problema central: el estatuto social de la lengua. Y que en ambos casos se intentaba que creyéramos en la existencia de un objeto *langue*, cuya única tarea, en mi opinión, era hacer más fácil el trabajo de crear una ciencia –la lingüística estructural– y justificar una lingüística que sólo contara con un punto de vista interno sobre la lengua. Y me sentía bastante de acuerdo con Jean-Paul Sartre, quien a propósito de Michel Foucault había declarado que el estructuralismo era el último obstáculo erigido por la burguesía contra el marxismo. A mi criterio, el problema no era por tanto hacer sociolingüística o sociología de la lengua, sino (socio)lingüística. Ese “socio” entre paréntesis estaba destinado a desaparecer el día en que llegáramos a imponer la idea laboviana de que la sociolingüística era la lingüística. Mucho más tarde, todo eso me llevó a proponer otro abordaje de los hechos de lengua, para empezar, en un libro,⁴ luego en un artículo:⁵ en 1974 no sabía cuál era mi ubicación en la escala que iba de lo analógico a lo digital, de la sociología de la lengua a la lingüística; por más que rehuyera tajantemente lo digital, o al menos lo eludiera, ahora sé que allí no había un verdadero problema, y que debemos poner el cuerpo ante el

³ Siento predilección por ese plural árabe del término *suq*, o *souk*, si así se prefiere.

⁴ Louis-Jean Calvet, *Pour une écologie des langues du monde*, París, Plon, 1999.

⁵ Louis-Jean Calvet, en colaboración con Lía Varela, “De l’analogique au digital. À propos de sociologie du langage et/ou sociolinguistique et/ou linguistique”, en: *Langage et Société*, núm. 89, septiembre de 1999.

conjunto de situaciones de lengua, en un movimiento de *zoom* que va de lo analógico a lo digital. Seguir ese rumbo hizo que en 1993 escribiese, en un pequeño libro dedicado a la sociolingüística, que la noción de comunidad lingüística era inutilizable y que lo más conveniente era analizar a las comunidades sociales en su aspecto lingüístico.⁶ Uno o dos años más tarde, William Labov, quien acababa de leer mi libro, me decía, sucintamente, que esa idea le hubiera gustado a su “maestro” Uriel Weinreich, sin que yo sepa si así evitaba dar su opinión ante mí o si expresaba su aprobación. Pero queda claro que, a mi entender, allí residía el nodo central: tomar como punto de partida lo social, no lo lingüístico.

Se habrá notado que todo lo anterior constituye un intento de evaluar, a veintiocho años de su primera publicación, el lugar ocupado por *Lingüística y colonialismo* en mi trayectoria científica. Pero los libros tienen vida propia, siguen su camino, son interpretados dentro de distintos horizontes y tienen efectos que también conviene evaluar. Esos efectos conciernen sin duda en primer lugar a los lectores: su modo de recibir un texto, de emplearlo en sus prácticas (para eso están hechos los libros). Sin embargo, el autor no queda exento. A lo largo de casi tres décadas, la imagen que de mí devolvió mi público europeo, africano o latinoamericano muchas veces me irritó. Me sentía encerrado dentro de un rol –ser el denunciante de la “glotofagia”– que me quitaba libertad de acción y me deparó algunas sorpresas. Así, algunos esperantistas vieron en *Lingüística y colonialismo* la justificación para su combate y me invitaron muchas veces a sus reuniones, en las cuales los decepcionaba al decirles que, en mi opinión, el esperanto no podía encarnar una respuesta a los problemas lingüísticos del mundo. En África, muchos militantes de las lenguas endógenas hacían de mí el abanderado de su lucha, mientras que las instituciones de la francofonía me consideraban un temible izquierdista que accionaba contra su lengua...

Esas evaluaciones evolucionaron, sin duda, hacia un estadio más moderado. Por mi parte, no reniego de la sustancia de este libro, pero seguí meditando, escribiendo y sobre todo analizando muchas situaciones. Todas estas actividades me llevaron a relativizar una cierta cantidad de afirmaciones. Así, a comienzos de la década de 1970 en Francia, el tema del “colonialismo interno” nutría los discursos bien pensantes; y, naturalmente, soy consciente de que mi libro alimentó esa visión. Desde ese momento, recorrí el mundo en todas las direcciones y vi la verdadera colonización económica, cultural y lingüística, la verdadera opresión. Si pienso que los corsos, los bretones o los martiniqueses tienen un derecho inalienable a su lengua identitaria, no

⁶ Louis-Jean Calvet, *La Sociolinguistique*, París, PUF, col. “Que sais-je?”, 1993.

considero que Córcega, Bretaña o las Antillas sean hoy colonias, con el mismo estatuto del Congo, Argelia o Chad. Pero, en ese tipo de situaciones, los locutores son confrontados con el vector lingüístico de la globalización, con un cilindro compresor que también podría ser calificado de glotófago. Simplemente, los desafíos ya no son los mismos, las amenazas son más extendidas, involucran a otras lenguas, que hasta ahora uno podía considerar protegidas. Más allá del itinerario científico que intenté resumir más arriba, ése es el motivo de la auténtica continuidad que creo percibir entre este libro y mi trabajo actual: del análisis científico-militante de las prácticas lingüísticas al intento de comprender los efectos lingüísticos de la globalización, para poder intervenir, ejercer un control o imponerse sobre ellos.

Desde cierto punto de vista, la actitud sigue siendo la misma, pero los análisis que le sirven de sustento son más complejos. Así, propuse dar cuenta de la vertiente lingüística de la globalización con ayuda del modelo gravitacional⁷ que resumiré rápidamente. Es sabido que sobre la faz de la Tierra se hablan gran cantidad de lenguas, entre seis mil y siete mil, según las evaluaciones. Esas lenguas pueden ser reagrupadas en familias (romance, semítica, bantú, etc.); pero ello no quita que, en su pluralidad, conformen un gran desorden babélico. El modelo gravitacional permite poner un poco de orden, al partir de dos principios: las lenguas se vinculan entre ellas por medio de los bilingües, y los sistemas de bilingüismo están jerarquizados, determinados por las relaciones de fuerzas. Así, por ejemplo, un bilingüe árabe-bereber en Marruecos siempre tiene como primera lengua el bereber; un bilingüe wolof-francés en Senegal siempre tiene como primera lengua el wolof; un bilingüe alsaciano-francés de Alsacia siempre tiene como primera lengua el alsaciano, etc. En consecuencia, arribamos a una representación de los vínculos entre las lenguas del mundo en términos de gravitaciones superpuestas en torno a lenguas-eje de distintos niveles. En el centro tenemos una lengua hipercentral, el inglés, pivote del conjunto del sistema, cuyos hablantes manifiestan una fuerte tendencia al monolingüismo.⁸ Alrededor de esa lengua hipercentral gravitan una decena de lenguas supracentrales (español, francés, hindi, árabe, malayo y otras), cuyos hablantes, cuando adquieren una segunda lengua, aprenden ya sea el inglés o una lengua del mismo nivel, esto es, otra lengua supracentral. Aquéllas son, a su vez, ejes gravitacionales de unas cien o doscientas lenguas centrales, alrededor de las cuales gravitan, por último, de cinco mil a seis mil lenguas periféricas. Dentro de esa organización tridimensional y

⁷ Véase Louis-Jean Calvet, *Pour une écologie des langues du monde*, *op. cit.*

⁸ A esa tendencia ni siquiera permanecen ajenos los lingüistas... Véase Robert Le Page, "Why have I remained monolingual?", en: *Éducation et sociétés plurilingues*, núm. 10, junio de 2001, pp. 83-87.

piramidal, cimentada sobre el sistema de los bilingüismos, será fácil comprender que la mayor amenaza pesa, a causa de su transmisión más aleatoria, sobre las lenguas periféricas, que prácticamente nunca son segundas lenguas y cuya expansión es eventual, sostenida sólo por la vitalidad de las comunidades que las tienen como primera lengua. Eso nos remite, en parte, al planteo de *Lingüística y colonialismo*.

En consecuencia, ese modelo gravitacional es una representación abstracta de los vínculos entre lenguas, una configuración abstracta de relaciones concretas que se entablan en un lugar determinado, en una situación dada y con hablantes dados. En la actualidad, dicho modelo me es útil en el ámbito de las políticas lingüísticas, según la perspectiva de aquello que llamo *politología lingüística*, lo cual es para las políticas lingüísticas como la politología (o ciencia política) es para los políticos. Si el inglés, lengua de la globalización, amenaza la diversidad, el desafío tiene una extensión aún mayor, por cuanto está en juego el conjunto de las lenguas del mundo. Los grandes grupos lingüísticos (árabe, chino, español, francés, malayo, portugués) están dominados por la lengua hipercéntrica, el inglés, o van en camino de serlo. Al mismo tiempo, se encuentran en situación de dominio ante las lenguas centrales o periféricas. Cualquier intento de intervención sobre ese sistema mundial debería tomar en cuenta esas dos corrientes.

Este breve texto, pedido por mi editor como prefacio a la cuarta edición de *Lingüística y colonialismo*, me brindó la oportunidad de reflexionar a la vez acerca de mi trayectoria científica y política, y acerca de los efectos de la intervención sobre distintas situaciones que implica, a veces, un libro. Si bien yo soy, desde luego, responsable de lo primero, no soy más que el iniciador de los últimos. Con todo, esos efectos me interesan y me interpelan, por más que a veces me irriten. A menudo me sucede, en discusiones con lectores jóvenes, que no me reconozco en su manera de interpretar mi libro. Pero, sobre todo, llego a lamentar que lo consideren una suerte de culminación, una consigna *ne varietur*, cuando mi deseo era invitar a la acción. En ese campo, es tarea de los “oprimidos lingüísticos” desarrollar sus propios análisis y elaborar sus modos de intervención a partir de análisis externos para cambiar su presente y su futuro.

Ya lo he dicho: cambiaron las distintas situaciones, las cosas se hicieron más complejas, o más bien se nos presentan en una modalidad más compleja. En efecto, no cabe duda de que cada vez han sido más complejas, pero simplificadas por nuestra mirada, por los instrumentos de análisis a nuestra disposición (el estructuralismo, la oposición simplista entre dominadores y dominados, etc.). Dicha complejidad vuelve inoperantes los análisis sumarios o demagógicos que se traducen en reivindicaciones de defensa de las lenguas amenazadas – como quien defiende a las focas bebé–, sin preguntarse cuál es la

utilidad social de esas lenguas. En efecto, existe en la práctica un principio que, según creo, siempre debería estar presente en el momento de resolver qué política lingüística ha de adoptarse (hoy, las políticas lingüísticas me parecen un ámbito de intervención fundamental): *las lenguas están hechas para ser útiles a los seres humanos, y no a la inversa*.

Al releer *Lingüística y colonialismo* bajo la luz de este principio, no tengo la impresión de tener que cambiar una sola palabra. En cambio, tengo ante todo la sensación de haber hecho en esa época, sin saberlo, política lingüística, pues este libro representaba una intervención sobre las situaciones lingüísticas. Intervención que, como una botella tirada al mar, esperaba que otros actuaran. Desde esta perspectiva, algún día habría que hacer (acaso yo lo haga) un análisis de los efectos de dicha intervención sobre las políticas lingüísticas en las antiguas colonias. Temo que dicho análisis muestre que mi libro actuó más sobre los discursos que sobre las prácticas, que sirvió de alimento para denuncias, tomas de posición, en una palabra, para adoptar *posturas* antes que acciones. Eso querría decir que todavía quedan muchas cosas por hacer.

LOUIS-JEAN CALVET
octubre de 2001



Introducción

Este libro nació de una doble experiencia. Experiencia de la lingüística, que el autor enseña desde hace cinco años, y de los países coloniales y neocoloniales donde pasó la mitad de su vida. ¿Qué relaciones mantienen una ciencia humana y el colonialismo? Hacia la mitad de este volumen se postula, como se verá, una doble relación entre ambos: una relación de producción parcial, en el plano ideológico, y una relación de descripción.

Hoy disponemos de cierta cantidad de estudios acerca de la historia de la lingüística o, más bien, de la lingüística en tanto ciencia de reciente aparición; acerca de la historia del abordaje del lenguaje y las lenguas. Por sólo citar textos recientes, Georges Mounin, R. H. Robins, Maurice Leroy, G. Lepschy, C. Tagliavini, entre otros, reunieron y valorizaron importantes documentos. Esto, sin hablar de los estudios específicos: C.-G. Dubois para el siglo XVI, M. Duchet y C. Porcet respecto del XVIII, así como S. Auroux, y demás. Esos trabajos, bien informados –a

veces muy bien— no responden a la finalidad que nos fijamos aquí. Ya sea que presenten el abordaje del lenguaje en relación con la epistemología del siglo que los ocupa (ése es, por ejemplo, el proceder de Auroux) o que reexaminen esa historia según lo que pensamos hoy de la lengua (como observamos en Mounin, por ejemplo), la mayor parte de las veces se mantienen en un punto de vista interno: el abordaje de la lengua (luego, la lingüística en el sentido saussureano del término) es un mecanismo que avanza por sí solo. Y ese punto de vista deja de lado un hecho importante: la teoría (lingüística, sin duda, pero mi planteo es verdadero de modo más general) siempre tiene recaídas seculares; ya sea que directamente se oriente a los problemas del momento o que la utilice la ideología en el poder, siempre cumple un rol histórico, político.

Para empezar, mi intención aquí es mostrar cómo, a fin de cuentas, el estudio de las lenguas propuso cierta visión de las comunidades lingüísticas y de sus relaciones, y cómo pudo utilizarse esa visión para justificar la empresa colonial (capítulos I y II). Las que se conoce como ciencias humanas están atrapadas dentro de un cepo secular: sin importar si quieren hacerlo —y con gran frecuencia no quieren, o fingen no quererlo—, hablan de nosotros, de nuestros conflictos, de nuestras luchas. Y muchas veces la traducción que brindan de ello, quieran o no (pero, llegadas a este punto, lo admiten más fácilmente), se utiliza, para provecho de algunos, en esos conflictos y en esas luchas. Desde luego, no consisten, salvo excepciones marginales, en desviaciones voluntarias: aparentemente, ya no vivimos en la época de N. Marr. Hoy las cosas son más sutiles, y eso las vuelve aún más peligrosas.

Como hace falta empezar por alguna parte, vamos a hacer un seguimiento del abordaje de lenguas y lenguaje a partir del Renacimiento. Ese estudio no será histórico, no pretenderá un carácter exhaustivo. Simplemente, procurará fijar cotas y mostrar el vínculo entre dicho abordaje y los fenómenos imperialistas de expansión, ya sea contemporáneos (capítulo V) o en relación de continuidad con otros. Se estudiará, entonces, ese vínculo en todas sus traducciones ideológicas y políticas, sobre el trasfondo del devenir histórico de la sistemática actitud peyorativa hacia la lengua del otro: el racismo y el colonialismo. Desde cierto punto de vista, la lingüística fue, hasta el despuntar de nuestro siglo, un modo de *negar* la lengua de los otros pueblos. Esa negación, junto con otras, constituía el fundamento ideológico de nuestra “superioridad”, de la superioridad del Occidente cristiano por sobre los pueblos “exóticos” que habríamos de doblegar alegremente. Así, el discurso del “lingüista” acerca de las lenguas preparó el de los políticos anexionistas, el de los teóricos del colonialismo. *Maupertuis-Jules Ferry: el mismo combate*. Ése podría ser el título, si con él quisiéramos resumir ese punto de vista en una fórmula fácil y provocativa.

Desde luego, el problema lingüístico es un problema derivado, de segundo rango en el desarrollo del proceso colonial. Pero la lingüística, encarada a *contracorriente* del colonialismo como su preparación en el nivel ideológico, también puede ser utilizada *en su mismo curso* para describirlo desde la perspectiva de las relaciones entre lenguas: se intentará seguir el avance de la opresión de un pueblo sobre otro a través de los avatares de las lenguas habladas por esos pueblos (capítulo III). Para ello se utilizarán las técnicas clásicas de descripción lingüística (capítulo IV). Sin embargo, esa descripción sólo nos interesa en la medida en que pueda guiar, ser de ayuda para la acción. Lejos de haber desaparecido, el fenómeno colonial sobrevive bajo su aspecto clásico y bajo la máscara de seudoindependencias; en todos esos casos, los problemas que propone este libro son fundamentales, entre otros: ¿cuál es el estatuto de la lengua dentro de la opresión colonial y neocolonial?, ¿qué actuación hay que reservarle en la lucha por la liberación nacional? Respecto de esos puntos no hay respuestas definitivas. Éstas, en última instancia, sólo pueden provenir de las luchas en curso. Sólo hay preguntas, preguntas que es difícil eludir (capítulo VI).

El conjunto de propuestas teóricas, del *modelo* que se haya podido o intentado elaborar, se aplicará luego a una cierta cantidad de casos específicos. Aquí, los ejemplos desarrollados son pocos y heterogéneos: la constitución imperial del *hexagone* [Francia] (capítulo VII), las relaciones entre una lengua africana dominada y la lengua dominante (capítulos IX y X); por último, un intento de evaluación del último estadio del imperialismo cultural francés, la francofonía (capítulo XI). Pero queda por hacer el trabajo principal. Queda para los lingüistas con interés en el tema hacerse cargo de esa tarea en sus respectivos países. Después de estar al servicio del colonialismo, como se intenta demostrar aquí, la lingüística –esto es, los lingüistas– debería y podría luchar contra el neocolonialismo, oponiendo al imperialismo lingüístico y a la actitud peyorativa respecto de las lenguas dominadas que lo nutren día a día un lento trabajo de descripción de lenguas locales, trabajo muy concreto y en ocasiones ingrato: entre otras cosas, establecer sistemas de transcripción, léxicos, redactar obras en esas lenguas, crear periódicos. Ese combate no es, como algunos podrían creer, marginal: es un combate por el hombre, por su derecho a una existencia en el centro de su cultura, por su derecho a vivir la vida que él elija.

Al respecto, es interesante recorrer el artículo que el diccionario Robert dedica al término “civilización”:

- 1.El hecho de poblar con colonos, de transformar en colonia.

2. Puesta en valor, explotación de los países transformados en colonias.

En efecto, ese artículo presenta una ausencia notable: faltan los colonizados. Las colonias serían, entonces, países vacíos, a los cuales llegarían los colonos venidos de la otra ribera para instalarse sin problemas. En ello no hay olvido, o, antes bien, ese olvido no se debe al azar; para justificar la empresa colonial en términos de “cultura” occidental, del humanismo con que tanto machacaron en nuestros oídos, había que olvidar la existencia de los otros. El primer antropófago llegó desde Europa; devoró al colonizado. Y, en el ámbito específico que nos atañe, devoró sus lenguas: *glotófago*, entonces. Por lo demás –¡vamos!– esas lenguas no existían. Nada más que dialectos, en especial jergas... Sí, el artículo del diccionario Robert no es casual. Yo recién lo leí después de terminar este libro. Podría haber servido de punto de partida.

LOUIS-JEAN CALVET
enero de 1974